

Desdichadamente esa nueva vida que á sus ojos la ensalza y que la presta una vestidura virginal no engaña á nadie más que á ella misma. El mundo donde vive, la ve siempre tal como era, tal como es una joven perdida, una coqueta, una impura.

Esto constituye su desesperación. Daría ella un mundo por reconquistar aquellos hermosos días su inocencia y para envolverse amante y pura en su primer vestido.

Afortunadamente amaba á un hombre que no tenía prejuicios. Fantasio era en efecto más amante de la belleza que de la verdad.

Parecíase á esos aficionados al arte que no se inquietan porque un objeto artísticamente bello haya sido poseído por veinte dueños.

Con un hombre como él no tenía más inquietud que la de ser indigna del amor. Pero comprendo que si hubiese amado á un hombre celoso del pasado y del presente hubiese sufrido todos los tormentos imaginables.

Existen mujeres que son lo bastante dichosas para poder cerrar los ojos sobre sus crímenes. Pero yo no tengo esta hermosa inconciencia: la mujer de hoy no hace desaparecer á la mujer de ayer.

Yo era feliz, á pesar de algunas nubecillas, amando á mi Fantasio.

Pasamos juntos una temporada encantadora en pleno París.

Yo estaba celosa. No iba él tras las mujeres, pero aquellas señoras corrían tras él. Me engañó mil veces, y me consolaba pen-

sando en las veces que antes le engañé yo. Desarmábame sin embargo con una sonrisa ó con una frase. Las cartas eran modelos de espiritualidad, dentro de su concisión. A su ingenio brillante debo el aborrecer las sensiblerías á lo Werther.

No soy de esas mujeres que les gusta el amor necio ni aun cuando lloro.

## XVII

## La cólera del principe

En medio de todas mis alegrías siempre me asaltó un triste presentimiento; sentía la muerte en la vida. No me he reído nunca sin que el fin de mi carcajada sea una sonrisa amarga, á semejanza del que abre la boca para morder una fruta sabrosa y que la cierra al hallarla podrida.

Existen seres que todo les parece bien; yo encuentro que todo es malo. No tengo la pretensión de rehacer el mundo, pero quisiera que Dios lo retocase.

Si estuviera en el Paraíso, abriría la puerta para marcharme; si la escala para llegar á él fuese corta, sería capaz de escalar los muros para volver á entrar. Y es que en el Paraíso tal vez me aburriría, y que fuera de él tampoco me divierto; y lo que más afi-

gida y pesarosa me tiene siempre, es que presiento la muerte á cada paso; está dentro de mi corazón y aterroriza mi alma. ¡Cuántos amantes tengo sepultados en el olvido que agitan sus sudarios cuando vuelvo los ojos al pasado!

¿He amado á esos hombres?

Dícese que en el primer amante se ama al hombre mientras que en los que siguen se ama al amor; poco más ó menos, como si dijeran que en vez de cantar la canción cantarán la letra. Efectivamente, el primer amante es el motivo conocido; el tercero, es el organillo estridente. Y lo más triste es que no hay medio posible de eternizar el primer amor, lo propio sucede en el matrimonio; viaje á través de la pasión, es como un viaje de placer donde uno no se divierte sino en determinados sitios.

Se pasa en todos los viajes por un punto admirable; pero, ¡qué punto más triste, si nos condenan, á admirarlo mucho tiempo! Amar es divino; amar eternamente es mortal, á menos que no se cambie de amor.

Esto es lo que yo hice. Imaginamos que el que viene será superior al que se va; mas pronto apercibimos que todos los hombres son iguales: todos están amasados con egoísmo y vanidad: es el amor propio. Cada vez que he dado mi corazón he hecho un mal negocio porque no he sido pagada; felizmente poseía el arte de disfrazar mi amor. El hombre es cruel cuando no es cobarde; bebe nuestras lágrimas con delicia; he aquí porqué la mujer tórnase cruel á su vez. Mlle. Cleopatra, á quienes todas he nos co-

nocido cuando éramos muy niñas, decía enseñando sus maravillosos collares de perlas: «*Todo esto no es nada, no vale nada, mis verdaderos collares de perlas son las lágrimas que he hecho derramar en mi camino.*»

¡Y, qué magnífico camino había seguido!... Marquesa italiana, cortesana francesa, princesa rusa, porque acabó por casarse con el príncipe.

Y puesto que hablo de príncipes, explicaré mi aventura con el príncipe en Off.

Regresaba una tarde del bosque, bajaba por la avenida de los Campos Eliseos guiando dos caballos ingleses mal aparejados que amenazaban desbocarse. En medio de los paseantes el príncipe en Off se precipita, me salva de una catástrofe y coge las riendas á su vez.

—No te abandono, me dijo hablándome con respeto; porque vas á cometer mil tonterías.

Y además, porque creo que estamos mejor aparejados que estos dos caballos.

Había comprendido; el príncipe me llevó á su casa, calle Real. Allí me ordenó bajo pena de muerte, revólver en mano, que fuera su mujer legítima durante un año y un día.

He ahí los artículos del contrato:

1.º Mlle.\*\*\* no volverá á su domicilio ni una sola vez porque podría encontrar uno de sus amigos escondido en un armario.

2.º Mlle.\*\*\* no escribirá ni una carta; únicamente una esquela para manifestar que se retira del mundo.

3.º Mlle.\*\*\* no recibirá ni una sola vez á

su camarera, porque podría darla malos consejos.

4.º Mlle.\*\* no irá á casa de Worth ni á casa Mme. Laferrieri, porque vendrán á mi casa á probarla y á dibujarla los vestidos.

5.º Mlle.\*\* no reconocerá á nadie en el bosque ni saludará á los caballeros ni sonreirá á los paseantes.

6.º Mlle.\*\*\* en el teatro no hará gestos ni carantoñas á Faure ni á nadie.

7.º Mlle.\*\*\* no irá más ni á casa de su madre ni á casa de su hermano ni aún con el pretexto de salvarla la existencia.

8.º En espera de futuro matrimonio, el futuro esposo reconoce á la futura esposa un dote de cien mil francos que será contado y entregado á la susodicha futura esposa, tan pronto se celebre el matrimonio.

Firmé y rubriqué estos ocho artículos, no precisamente por los cien mil francos de los cuales ni creía yo en la mitad, sino porque al príncipe Off merecía en realidad que se hiciera una locura por él; era brutal pero apasionado, impertinente, pero hermoso; á puro derrochador y camorrista, se había impuesto á los más alborotadores y á los más ricos.

No me disgustaba darle el brazo á través de la vida.

Créese neciamente que las mujeres ligeras, se arrojan sobre el dinero como la pobreza sobre el mundo. No. Es preciso hacerles esta justicia, porque si el hombre les parece indigno de ellas, pasan tan desdénosamente delante del dinero como delante del hombre.

Singular sociedad es ésta que no se queja ni se ofende cuando un hombre se deja comprar por el dote de una mujer, aunque sea la mujer horrible, y que mire desde la altura de su opinión á la joven de cierto mundo que vive de las prodigalidades de su amante. Por lo que á mí incumbe, jamás he tomado dinero si no me lo daba un hombre realmente galante.

Héme, pues, instalada como princesa en una habitación de la calle Real; ya recordaréis estas grandes habitaciones del tiempo de Luis XVI, con altos plafones, relieves en las puertas de ornamentación severa y brillante.

Las aredes estaban cubiertas con tapices antiguos de los Gobelinos. Sentíame dichosa de haber abandonado mi modesto nido de joven galante por aquella habitación casi majestuosa. Crecí dos codos, juzgábame engrandecida. También el príncipe observó en mí una metamorfosis completa y rápida.

Tomé las actitudes más nobles y más severas. Conservaba, eso sí, siempre mis cuartos de hora de locura, pero había olvidado aquellas extrañas tonterías y estupideces que prestaba un no sé qué fantástico á mi carácter.

Veía mis días y mis horas tejidos por hilos de seda y oro, pero he aquí que una mañana el príncipe me sorprendió escribiendo á uno de mis amantes que se juzgó olvidado y que había sobornado á una de mis camareras.

El príncipe era terrible en sus accesos de cólera celosa; arrancóme la pluma de las

manos y me la arrojó á mi rostro. Fué como una flecha acertada: entró toda su punta en mi mejilla. Dominé mi furor. Usé de toda mi calma y continué escribiendo. El príncipe llegó al punto más alto de su furor: me cogió las dos manos y me hizo valsar como se hace bailar á una muñeca.

—¿Y la música? le dije, con la sangre fría más hermosa del mundo.

—Has de saber, me replicó, que cuando yo tomo una mujer, es para poseerla en cuerpo y alma: si no es así márchate.

—No he venido para marcharme; soy yo quien manda aquí. ¡Váyase usted!

¿Domesticóse el león?

Cinco minutos después nos hallábamos abrazados estrechamente como dos amantes, y nos paseábamos por los dos salones, manejando el porvenir á nuestro antojo, como si debiéramos vivir un siglo juntos.

Naturalmente, mientras más celoso estaba el príncipe más procuraba yo que lo estuviera.

Todos los días me colocaba en el balcón á la hora en que todo el mundo iba al Bosque. Afectando el aire altivo y desdénoso de una reina en su balcón, dejaba caer mis ojeadas y mis sonrisas.

El príncipe me amenazaba con la fusta cuando pasaba en su break. Si salía, yo iba con frecuencia alrededor del lago, cosa que me había prohibido. Si me encontraba, sufría una crudísima amonestación; si le respondía alzaba su mano y me pegaba como hacen las gentes del pueblo, y aún me daba con el pie como hacía con su perro.

Hubiese yo querido indignarme, y sin embargo sufría aquella esclavitud dorada. ¿Cómo siendo orgullosa fui tan sumisa? No lo sé. Tal vez era porque amaba.

Aquel amor indolente no me impedía reanudar mis aventuras por fuera. Existen mil y una manera de engañar á un celoso, aunque sea el celoso que os encadene. Leed si no la leyenda de la bella veneciana á la que su marido encerró de la cabeza á los pies. No me empujaba la traición, sino á gran distancia; era más romántica que pervertida; desfloraba las novelas, pero no llegaba á su desenlace nunca.

Escribí á un amigo que vivía en un castillo, sabiendo perfectamente que se atrevería á venir y libertarme.

Escribí á otro para que me enviase ramos de flores y pudiese aspirar el dulce perfume de la inconstancia.

Estrechaba la mano de cualquier otro, mientras bajaba la escalera de la Opera del brazo del príncipe. Cuando cenaba en el café inglés, me equivocaba en el número del cuarto, bajo el pretexto de entrar en el tocador. Y mil otras supercherías de la mujer que quiere protestar contra la tiranía.

Tal vida duró tres meses. Había yo calculado tres años, pero cuando creí haber domado al león, á la hora misma que lo imaginé, tuvo él un acceso de rabia celosa tan violenta que el comisario de policía del distrito hubo de intervenir.

Verdad es que no fui yo quien lo llamé, puesto que me hubiese hecho matar siempre en mi puesto, pero mis criados, que tu-

vieron miedo que aquello acabase trágicamente, advirtieron con oportunidad al hombre de la faja tricolor. Mi gracioso y bello amante me dió aquel día un puntapié en el vientre.

Durante tres meses estuve enferma. Todo el mundo me creyó muerta. Cuando reaparecí una noche en el teatro, me llamaron la resucitada. El príncipe estaba en la orquesta; no nos habíamos visto desde nuestra separación forzada. Cambiamos nuestras sonrisas cariñosas como gentes bien educadas. Al día siguiente el príncipe me envió una perla admirable rodeada de brillantes, con estas palabras: «El anillo de la ruptura.»

Después he sabido que se ha casado dos ó tres veces.

Se dice que sus mujeres mueren de pena porque le aman demasiado.

Estoy por creer que las mujeres aman únicamente la tiranía.

## XVIII

### La comedia

Tenía un vago deseo de celebridad; doñame haberme faltado el valor para llegar á ser un prodigio en el piano; cuando leía

una novela de George Sand, meditaba durante dos horas; cuando iba al Louvre, moríame de envidia por no pintar como Rafael y como el Ticiano.

Y sin embargo no debía ser célebre, ni por la novela, ni por la pintura, ni por la música.

Fuí célebre únicamente por haber valsado. Felizmente mi celebridad no duró más que un día. Abrigaba asimismo la idea del teatro. Mr. Hostein me contrató para una comedia de magia. Mr. Montanbry me hizo debutar en bailes de carácter.

En los Bufos-Parisienses representé el papel de Diosa; en la *Gaité* me ofrecieron el papel de Mignon. Quería y no quería, vacilaba dedicarme de lleno al teatro y aquellos ofrecimientos levantaban mi orgullo.

Yo hubiera querido representar *Célimène*, ni más ni menos.

Sin embargo, no representaré nunca más que el papel de hija arrepentida.

¡Quise decir de impenitente!

Sueño muy á menudo en arrepentirme, pero no tengo los medios. Y después de todo no era ageno cierto orgullo el que yo quisiera representar hasta el fin el papel terrible y dulce de la cortesana.

Habíame despojado del antifaz y no tenía miedo de nada ni de nadie, sino de mi conciencia, pero la adormecía sobre un lecho dorado, cubriéndola con ropas de seda.

A ciertas horas se olvida una mujer de su catecismo y de su primera comunión, y cierra el Evangelio para abrir una novela, juzgando al mundo por una carcajada, de-